

Política y gestión pública en el primer peronismo

## Comentarios sobre algunas ideas del “pensamiento nacional” y los orígenes del peronismo. Arturo Jauretche, Raúl Scalabrini Ortiz y Manuel Ugarte<sup>1</sup>

María Teresa BONET

Voy a señalar algunas premisas que me parece que ordenan este proceso tan complejo, por la intensidad de cosas que pasaron, como el de la década del treinta; y tan analizado y sentido como el de los orígenes del peronismo.

En primer lugar, cuando hablamos de pensamiento nacional así como de historia de las ideas argentinas o de ideología nacional, nos introducimos en un problema importante debido a que no existe un solo modo de pensar la Nación. Como dice Hernández Arregui, un intelectual e historiador peronista de los años cuarenta y cincuenta que se empeñó en una obra entera en definir al ser nacional y al que vamos a presentar en otro momento, “cuando un concepto es utilizado por corrientes ideológicas contrapuestas -la nación-, el mismo es más bien un recurso del lenguaje que tiende a expresar un sentimiento confuso de la realidad”. Algo que no está del todo claro, que es difícil de aprehender si uno quiere definirlo con objetividad. Por eso yo prefiero hablar de pensamientos nacionales, de ideas de nación o de ideologías que en el caso del peronismo, como también señala este autor, es y ha sido heterogénea. Hay un cúmulo de ideas en el origen del peronismo. Hacia 1943 nace con un componente fascista, también bonapartista, toma algunas ideas del keynesianismo, también del socialismo, pero se va llenando de otras propiamente populistas o nacionales populares, podríamos decir así, a medida en que Perón va consolidando una relación inédita con la clase trabajadora.

En segundo lugar, las ideologías, los pensamientos, los espíritus comunes de un determinado pasado o la conciencia histórica, sólo se pueden conocer a través de

---

<sup>1</sup> Exposición en el marco del Seminario para la formación y organización política "Pensamiento nacional y gestión pública: un modelo posible", organizado por los Equipos para la Victoria. Centro Cultural Paco Urondo, La Plata, 2007.

los discursos y ellos tienen origen en un contexto determinado. Y cuando digo discurso, no sólo me refiero a los discursos verbales dichos en forma oral y que, en el caso del peronismo, fijaron una identidad y una relación recíproca poderosísima entre un líder y unos sectores populares; sino también a las obras históricas o los ensayos escritos por intelectuales que escribieron sobre un pasado que no está presente precisamente porque es pasado y que, por lo tanto, sólo podemos conocer a través de sus interpretaciones. Esas interpretaciones van creando agencia, o ideología; eso quiere decir que sin ser tan visibles como la propia acción, las ideas van moviendo a la acción, van impulsando a la acción, van modificando la realidad. Pero fundamentalmente, pensamos en el pasado para poder encontrar en él claves que nos permitan proyectar el futuro o construir nuestras utopías.

En tercer lugar no hay manera de comprender al peronismo y las ideas de forja, sin conocer de qué manera modificó las estructuras de poder sobre el que se asentaba la Argentina de los años treinta. Toda crisis, y sobre todo la crisis capitalista mundial del treinta que fue tan profunda, es una oportunidad para pensar la Nación que se quiere. Y los intelectuales, desde el campo de la literatura, de la historia, o de la filosofía, de diferentes ideologías, - que representan, claro está, sólo un recorte de la realidad-, trataron de buscar un proyecto de Nación y una especificidad propiamente Argentina en el medio de esa gran catástrofe. Esas interpretaciones iban desde la denuncia del presente urgente que vivían hacia el origen de nuestra historia como país. Hubo un grupo de intelectuales que en esa década dio lugar a una corriente de pensamiento que ejerció una gran influencia en el desenlace del peronismo. Ellos eran el grupo Forja, expresión activa y callejera de un nacionalismo de sesgo fuertemente anticolonial y antiimperialista. Sus ideas se plasmaron en el proyecto del gobierno peronista entre 1946 y 1951, al que se va a referir Manuel Urriza.

Esa agencia, a la que me refería en el principio, esa ideología que movió a la acción del proyecto de Perón es la que fue creando, entre muchos otros, este grupo de intelectuales a partir de 1932. Forja, que significa fuerza orientadora de la juventud radical Argentina, se formó en el momento en que un sector del radicalismo de Alvear forma alianza con la Concordancia conservadora, y se separa del partido radical con el propósito de seguir ciertos postulados Yrigoyenistas. En ese año se funda en la Facultad de Derecho a la que pertenecía Arturo Jauretche, su presidente. La

concordancia era una agrupación política de viejos y nuevos conservadores y socialistas independientes, que apoyada por el Ejército y la Iglesia, se mantenía en el poder a través de fraude, la manipulación política, el cercenamiento de las libertades, del ejercicio de la violencia política contra los opositores y de la represión al movimiento obrero. Es estado de los años treinta es un estado fuertemente interventor y represivo que se mantuvo en el poder entre 1930, desde el golpe militar contra Irigoyen, hasta 1943. Los forjistas retoman la figura de Irigoyen que comienza a ser visto como un presidente que había intentado hacer frente al imperialismo norteamericano, defender a los sectores medios del campo y de la ciudad, que había defendido a los criadores dentro de la clase terrateniente, y que había intentado crear un tipo de Estado con cierta capacidad de intervención en la economía y en las mediaciones entre el capital y el trabajo. Hoy sabemos que esta interpretación debe ser revisada; que no se contrapuso a los intereses de la clase terrateniente y al capital inglés, que no tenía una clara política obrerista y que su actitud se inclinó más por la represión que por la conciliación. Pero había en Yrigoyen cierta ambigüedad política que da lugar para pensar en su gobierno como una especie de populismo y mucho más si se lo compara con Alvear, el otro presidente radical que era mucho más conservador. Yrigoyen tenía un discurso que apelaba a la defensa de la Nación frente al extranjerismo o a la colonización, si se quiere. Y era más popular que los conservadores porque con él habían podido empezar a participar políticamente sectores que hasta entonces estaban excluidos, los sectores medios, aunque no los obreros que eran en su mayoría de origen inmigrante y las mujeres.

Jauretche, que era un hijo de clase media no propietaria de tierras pero sí vinculada a la clase terrateniente y conservadora, había accedido desde el interior a la Universidad, al Colegio Nacional de Buenos Aires y a la Facultad de Derecho. Estas dos instituciones formaban a la clase política en ese momento y era una aspiración de la clase media el ingreso de sus hijos en ellas. Jauretche renegó de todo eso y por influencia de un anarquista se vinculó con los movimientos nacionales, primero con el yrigoyenismo y después con el peronismo. Se convirtió en un militante de lo que él llamaba la “causa nacional” y se dedicó a fustigar con su pluma a todo lo que representaba la inteligencia. Llamaba así con ironía a los académicos y a los intelectuales alejados, según su visión, del Pueblo. Sobre todo fustigaba a los sectores medios, al medio pelo con aspiraciones culturales y económicas de la propia clase terrateniente. Su denuncia es más bien una denuncia de tipo cultural, que trata de

descubrir la “colonización pedagógica” que alcanza a estos intelectuales formados en las mismas instituciones a las había pertenecido (Neiburg, F. 1995: 245).

Con su discurso va a anticipar la retórica peronista, porque se refiere a la clase dominante, a los terratenientes y a los sectores medios con esa aspiración, como a la oligarquía. La oligarquía no es una clase social, es un sistema de dominación por el cual la clase terrateniente ejerce su predominio económico, es el régimen político que representa los intereses de esta clase (Ansaldi). Pero el discurso peronista toma esa retórica de combate y opone el Pueblo peronista a la oligarquía, nosotros y ellos, nosotros y los contras, el Pueblo y la oligarquía; y no la clase obrera contra la clase terrateniente o contra el capital industrial, porque eso va a venir después, con Hernández Arregui y con otros que dan otro salto en sus argumentos como intelectuales más profundos.

Los ensayos de Jauretche son más bien sociológicos en el sentido de analizar esa cultura argentina de los sectores medios expresada a través de la intelectualidad de la época, a la que pretende separar muy bien de la que él pensaba como nacional; la del trabajador del campo, la del interior, aquella a la que destinaba sus escritos y su lenguaje y que por eso están llenos de anécdotas, de recuerdos, de refranes del hombre común.

Yo decía que hubo muchos nacionalismos, hubo un nacionalismo hispanista, católico, antiliberal, partidario de los regímenes de fuerza, defensor de la industrialización nacional, pero también xenófobo, anticomunista y elitista. Este nacionalismo también apoyó a Perón en el momento de su ascenso. Pero el nacionalismo de FORJA y de Jauretche, sobre todo, compartía con ellos el antiliberalismo y cierta visión de la historia de nuestros héroes del pasado así como la defensa de nuestros recursos; pero se diferenciaba de su pensamiento y actitud aristocrática y de su total alejamiento del pueblo.

En síntesis, lanzas, votos y sindicatos eran las tres palabras que según Jauretche sintetizaban la historia de las multitudes que él quería alcanzar; las lanzas son la metáfora de las montoneras de los caudillos en el siglo XIX que van a ser derrotados por la capital en 1880, los votos la del retorno de las multitudes con el Yrigoyenismo y los sindicatos la de la clase obrera que alcanza su emergencia política junto con la de Perón ( Neiburg, 1995)

Forja no tiene partido Político, no es un Partido Político y se disuelve, siendo Jauretche su presidente, cuando aunque vacilante en un principio, adhirió al 17 de octubre de 1945 en los orígenes del peronismo porque en él encontró a esas multitudes a las que había tratado de destinar su palabra.

Otro de los Forjistas muy preocupado por la historia de las multitudes, pero en este caso más bien urbanas y que describe al hombre común que “está solo y espera” en medio de la crisis tremenda de los suburbios porteños durante la década del treinta, es Raúl Scalabrini Ortiz. Ese hombre que está solo y espera representa la desorientación y la soledad que se vive en una ciudad colonizada, sin instituciones adecuadas a las nuevas necesidades sociales ni partidos políticos que las representen. Pero en este caso la denuncia es sobre el tipo de dominación económica de la clase terrateniente aliada al capital inglés. Por eso denuncia los negociados con los ferrocarriles, y la dependencia imperialista a través de la política británica en el Río de La plata durante el siglo XIX y las primeras décadas del XX.

Muy brevemente, todos saben que la crisis capitalista mundial de 1930 puso en crisis el modelo agroganadero exportador dependiente de la argentina que se había consolidado a partir de 1880. Esa crisis generó grandes tensiones en el interior de la clase dominante argentina: los grandes terratenientes y los grandes industriales aliados al capital extranjero. Esas tensiones se debieron a que ahora en la posguerra, con la hegemonía del capital inglés en decadencia y con el ascenso del norteamericano, esta clase tenía que resolver qué modelo de inserción en el mercado internacional adoptaría sin perder sus privilegios. La Sociedad Rural que representaba a la clase terrateniente pretendía continuar vinculada al viejo pacto con Londres y mantener el predominio de la estructura agraria dependiente de producción; la UIA, era más proclive a abrirse al mercado norteamericano y al desarrollo industrial y a algunas medidas proteccionistas para la industria argentina., pero siempre en dependencia del capital extranjero. Pero ambas cosas ya eran difíciles de sostener y esto indicaba que había que cambiar el modelo; el trigo argentino ya no era el del granero del mundo, ahora competía con el canadiense y también la lana y la carne con las de Australia.

Ese estado conservador de los años treinta, hasta los años cuarenta está absolutamente invadido por la presión de estas corporaciones, la apropiación de la renta sigue siendo dominio de los terratenientes y no piensa en algún tipo de

transferencia hacia el desarrollo industrial capaz de generar cierta independencia y de mejorar las condiciones de empleo. Se creó el Banco Central, las Juntas reguladoras etc., pero son entidades dominada por la alianza de la clase dominante y el capital inglés.

En la década del treinta ese pacto, lejos de romperse se reforzó bajo el gobierno de Justo a través del Pacto Roca Runciman, denunciado por Jauretche como el estatuto del coloniaje, y de ese modo, el tipo de dominación oligárquico logró vencer las dificultades y afianzarse más. Con ese pacto los intereses de la SR y la UIA si bien al principio se resintieron entre sí, finalmente terminaron aliándose y presionando al gobierno conservador para que el camino alternativo elegido fuera una industrialización sustitutiva, una industrialización limitada, que no perjudicase las exportaciones agrícolas y los beneficios de la clase terrateniente, y que al mismo tiempo permitiera suplir aquellas industrias que debido al período de entre guerras ya no podían llegar de Europa.

Pero por fuera de esta alianza, surgía también un pequeño sector de industriales nacionales que no podían competir con estos grandes, no tenían capacidad de inversión y que no tenían el apoyo del estado, pero sí tenían un proyecto alternativo de desarrollo industrial más basado en la protección de nuestro propio desarrollo. Ese sector va a ser estimulado por Perón quien va a consolidar su proyecto de Estado garantizando una alianza entre esta burguesía industrial y el movimiento obrero.

Hacia 1940, antes de que llegue Perón, la coincidencia de intereses entre el gobierno conservador y la clase dominante, comenzó a resentirse ( Sidicaro, 1995). El gobierno intentó, a través del Plan Pinedo, ampliar esa sustitución de importaciones, industrializar más, otras cosas más que los productos livianos, alimenticios, del papel, del calzado, textiles, etc. y apelar a medidas de tipo proteccionistas, poner impuestos a la importación y abrir el comercio argentino a nuevos mercados, sobre todo a Estados Unidos. Por presión de la Sociedad Rural, Pinedo fue obligado a retractarse y a explicar qué había querido decir cuando se refirió a la gran rueda maestra de la economía. No se trata decía, de industrializar al país y de abandonar las exportaciones primarias que seguirán siendo el pilar de nuestra economía, sino de usar una rueda más pequeña por ahora y en la coyuntura, la de la industria.

Los grandes debates de los intelectuales en ese período se centraron en la oposición entre el librecombinio y proteccionismo y ahí hay algo muy interesante porque se va a hacer notar una figura muy cercana a forja y antiimperialista, defensor del desarrollo nacional, de la protección del mercado interno y del pleno empleo, que es Manuel Ugarte. Es Manuel Ugarte, a través de sus escritos, quien va a responder a la Sociedad Rural y a los conservadores que defendían el “comprar a quien nos compra” y seguir dependiendo de los ingleses, argumentando que de lo contrario la gente no iba a tener qué comprar o iba a tener que comprar muy caro. Frente a este discurso claramente liberal, Ugarte decía que más importante que tener qué comprar y que comprar barato es tener con qué comprar. De ese modo se refiere al desempleo y al salario, dos pilares que había que consolidar para poder ir fortaleciendo al mercado interno y al crecimiento del país. En *La patria grande* decía:

“No se trata de teorías de proteccionismo o librecombinio. Se trata de una enormidad que no puede prolongarse; el proteccionismo existe entre nosotros para la industria extranjera, y el prohibicionismo para la industria nacional (...) se abre en el umbral del nuevo siglo un dilema: la Argentina será industrial o no cumplirá sus destinos”. ( Ugarte en Villarruel, 1995)

En síntesis, toda esta década se caracterizó por un afianzamiento de la dependencia de nuestro país respecto de la economía y del capital extranjero en alianza con la clase terrateniente y los grandes industriales. Y eso es lo que denunció FORJA.

Desde el punto de vista social esta crisis, también generó conflictos en el interior de la clase obrera que asistió a un proceso de industrialización sin distribución social o, en el decir de Murmis y Portantiero (1971) a una explotación descarnada. Los sectores populares asalariados rurales y urbanos que son los que más sintieron la crisis, eran atraídos durante esa época de rápido desarrollo de las industrias, a las zonas suburbanas de Buenos Aires iniciando una vertiginosa migración interna con la que se va creando una cultura criollista particular en esa zona y que se va a confundir con la que portaban los obreros de origen inmigrante. La experiencia de la explotación fue vivida de igual manera por unos y por otros, la crisis los sumió en la más tremenda miseria, numerosas familias enteras viviendo agolpadas en los conventillos, sin condiciones de vivienda, de salud, ni en sus casas ni en las fábricas, sin vacaciones ni

pensiones pagas, con salarios devaluados, sin aguinaldo ni seguro por accidente de trabajo, sin protección frente al despido arbitrario de los patrones, etc.

Las ideas políticas que más influencia ejercieron en esos años en el movimiento obrero fueron comunistas, y aunque sus líderes tradicionales lo hayan desestimado, el PC estaba ejerciendo una enorme influencia en la formación cultural de esa clase desde el interior de los barrios fabriles ( Camarero, 2002). Ese movimiento obrero a partir de 1935 realiza numerosos paros y adquiere una organización por sindicato único muy importante, pero la represión es la única respuesta que obtiene del Estado. Por eso, yo digo que damos un paso adelante si interpretamos el triunfo del peronismo no desde la inoperancia de los comunistas o de la actitud elitista de éstos, que también existió, sino por la propia y autónoma fuerza popular que tuvo este movimiento realmente singular y nuevo.

También los militares que querían una argentina industrial potente y competitiva y que le tenían pavor al Pueblo en la calle y al comunismo, ejercieron influencia en Perón. También la Iglesia Católica, antiliberal y anticomunista apoyó al Perón de 1943. En ese año, año del golpe del GOU al que pertenecía Perón, la Sociedad Rural, la Unión Industrial Argentina y los conservadores, temerosos de esa amenaza obrera, apoyaron a Perón porque vieron en él a ese gran César popular y católico que pondría límites al avance del comunismo y crearía ese partido conservador de masas que nunca habían podido conseguir los conservadores.

Cuando Perón entra en contacto directo con la clase obrera y a través del Ministerio de Trabajo, los conflictos entre patrones y obreros se resuelven a favor de los trabajadores. A través de un vínculo nuevo no sólo con los obreros que venían del campo sino también con la vieja guardia sindical de origen socialista y comunista, se va creando una identidad política distinta, mirando la industrialización pero no con el centro en el desarrollo de la argentina competitiva y de la industria pesada que vendría en una segunda etapa, sino en el pleno empleo y en la distribución social de la riqueza. Entonces en ese momento, en el año 1944 con el estatuto del peón rural y toda la escalada de reformas y derechos sociales por las que el movimiento obrero venía luchando, la SR, la UIA, el Ejército y la Iglesia, ya no le van a tener miedo al comunismo y al Pueblo en la calle, sino al propio Perón que, como un aprendiz de brujo está desarrollando fuerzas, las del Pueblo, que no va a poder contener. Por eso la prisión en Martín García, su vuelta y la movilización popular más significativa del

siglo XX: el 17 de octubre. Ese vínculo con la clase obrera comenzó a reforzarse en un espacio público común por primera vez usado por esos actores, y como en un ritual se reiteraba cada 17 de octubre, declarado día de la lealtad, en la Plaza de Mayo. Los intelectuales dijeron y siguen diciendo muchas cosas sobre este símbolo público. El 17 de octubre da lugar a interpretaciones y denominaciones enfrentadas, desde la cultura irreverente de los cabecitas negras que desafiaba a la cultura elitista, hasta la “ilusión cómica” de Borges y el *¿Qué es esto?* de Ezequiel Martínez Estrada, aún desde la oposición. Sin embargo hasta el mismo Gino Germani relata cómo las bases de obreros ya peronistas traspasaron el mandato de la vieja dirigencia sindical en las jornadas de octubre y se lanzaron a la calle a reclamar por su líder; “es el subsuelo de la patria sublevada” decía Raúl Scalabrini Ortiz, para él el 17 de octubre fue “una explosión revolucionaria de la argentina profunda (...) un pujante palpitar sacudía las entrañas de la ciudad. Un hálito áspero crecía en las densas vaharadas, mientras las multitudes continuaban llegando. Venían de las usinas de Puerto Nuevo, de los talleres de Chacarita y Villa Lugano, brotaban de los pantanos de Gerli y Avellaneda o descendían de Lomas de Zamora. Hermanados en el mismo grito y en la misma fe iba el perón rural de Cañuelas y el tornero de precisión, el fundidor, el mecánico de automóviles, el tejedor, el hilandero y el empleado de comercio. Era el cimiento básico de la Nación que surgía, como surgen las épocas pasadas de la tierra después del terremoto”; y finalizó con aquel “son los desheredados de la tierra que reclaman la libertad de su líder; es la obra de la conciencia triunfal del Pueblo peronista, de Juan José Hernández Arregui.

## Bibliografía

HERNÁNDEZ ARREGUI, Juan José. (1973): *¿Qué es el ser nacional?* Buenos Aires, Plus ultra

MURMIS, Miguel y PORTANTIERO, Juan Carlos. (1971): *Estudio sobre los orígenes del peronismo*. Buenos Ares, Siglo XXI.

NEIBURG, Federico. (1995): "El 17 de octubre de 1945: Un análisis del mito de origen de peronismo", en Torre, Juan C. (Comp.) *El 17 de octubre de 1945*, Buenos Aires, Ariel

SIDICARO, Ricardo. (1995): "Conflictos y acuerdos entre los sectores económicos predominantes y el Estado entre 1930 y 1940", en Pucciarelli, J., Ansaldi, W. Y

Villarruel, J. (Comps.) *Representaciones inconclusas*. "Las clases, los actores y los discursos de la memoria". Buenos Aires, Biblos.

VILLARRUEL, J. (Comps.) *Representaciones inconclusas*. "Las clases, los actores y los discursos de la memoria". Buenos Aires, Biblos.

VILLARRUEL, José C. ( 1993) "El futuro como incertidumbre: Los industrialistas y la tutela del Estado", en Ansaldi, Pucciarelli, Villarruel (comp.) *Argentina en la paz de dos guerras*. Buenos Aires. Biblos.